

de su comun ambicion. La víctima ahora fué Venecia, puesto que alli quedaron ya establecidas las bases de la famosa liga entre aquellos reyes, el de Romanos y el papa contra aquella república, que veremos resultar mas adelante, recibiendo su complemento en Cambray.

Terminados aquellos agasajos, el rey y reina de Aragon continuaron su viage á España, y despues de una navegacion pesada y trabajosa arribaron al Grao de Valencia (20 de julio), donde ya se habia adelantado el conde Pedro Navarro con las naves en que traia el resto del ejército de Italia. Al cabo de algunos dias, dejando á la reina Germana en Valencia con cargo de lugarteniente general, prosiguió el rey hácia Castilla, á cuyos confines salieron á recibirle varios preladados, grandes y caballeros castellanos, como igualmente enviados y mensajeros de varias ciudades y villas, y de unos y de otros le iban saliendo al encuentro y agregándose en su marcha, y haciéndole homenaje. Precedíanle ademas sus reyes de armas, alcaldes, alguaciles y maceros, con las insignias de la autoridad real, y con todo este aparato y ostentacion entró Fernando en Castilla (21 de agosto), como si quisiera vengarse de la salida desairada que el año anterior habia hecho. La reina doña Juana que habia permanecido en Hornillos, siempre á la vista del cadáver de su esposo, con noticia del regreso de su padre salió, ó mas bien fué llevada á recibirle á Torto-

les, acompañada del arzobispo Cisneros y de otros preladados y grandes. Interesante y tierna fué la entrevista de padre é hija despues de tan larga separacion. Abrazados estuvieron un buen espacio, manifestando la reina una sensibilidad que no se habia advertido en ella desde la muerte de su marido. El rey se afectó al ver el desmejorado rostro, el mirar inquieto y el desaliñado trage de su hija: mas si esto le enterneció como padre, despues de hablar con ella se le notó satisfecho como rey, puesto que dejaba en sus manos la gobernacion del Estado y le facultaba para obrar como si fuese el verdadero soberano de Castilla. Despues de esta afectuosa entrevista, pasaron á Santa María del Campo, donde el rey celebró el cabo de año de la muerte de su yerno Felipe, y donde el arzobispo don Francisco Jimenez de Cisneros fué investido del capelo de cardenal que el rey habia impetrado de la Santa Sede, y traído para él. Este insigne prelado habia sido ya nombrado tambien inquisidor general de los reinos de Castilla y de Leon, por renuncia del arzobispo de Sevilla (4).

Negóse la reina doña Juana á acompañar á su padre á Burgos, pues no queria entrar en la poblacion en que su marido habia muerto. Respetó Fernando este rasgo de delicada sensibilidad de su hija, y la

(4) Gomez de Castro, de Rebus gestis, lib. 3.—Mártir, epist. c. 240.—Zurita, Rey don Hernando, lib. VIII. cap. 5 y 7. 358.—Bernaldez, Reyes Catól.



dejó en Arcos, donde hizo venir á la reina Germana para que le hiciese compañía y suavizara un poco su melancólica soledad. Tomó esta segunda vez el Rey Católico con fuerte mano las riendas de su segunda regencia. Aunque el marqués de Villena, el duque de Alba, el condestable, el almirante y otros próceres de los que antes le fueron tan contrarios, se le habían ya sometido, mantenían otros enarbolada la bandera de la sedición. La misma fortaleza de Burgos se mantenía por don Juan Manuel: el conde de Lemos traía revuelta la Galicia y la provincia de Leon: el duque de Nájera se fortificaba en esta plaza y ponía en armas sus estados. Estos y otros magnates que se mantenían en rebelión, fiaban en la venida del emperador Maximiliano y en los socorros de Alemania y de Flandes. El rey á fuerza de actividad y de energía fué sujetando á todos estos disidentes. El castillo de Burgos fué entregado por su alcaide, á quien hizo una impo- nente intimación, y don Juan Manuel despues de inú- tiles esfuerzos tuvo que abandonar á Castilla y refu- giarse en la córte de Maximiliano, donde no le falta- ron enemigos que le estorbáran tomar allí el ascen- diente que había tenido con el archiduque. El de Lemos se vió forzado á restituir las villas que tenía tomadas y á salir de Galicia y someterse al rey. El mas tenaz y mas poderoso de todos, el de Nájera, se resistía con una arrogancia al parecer invencible: pe- ro una orden del rey á Pedro Navarro para que con la

artillería y la gente de guerra traída de Nápoles pa- sára á combatir sus fortalezas, le hizo ablandar un poco, y al fin, despues de muchas peticiones, despues de muchas fórmulas condicionales de sumision, aconsejado y persuadido por algunos amigos y mediadores, convino en entregar todos sus fuertes y castillos al rey, y dióle su palabra de fidelidad. Fernando se con- dujo con él con una generosidad que no esperaba, pues fiando en su palabra le devolvió al poco tiempo todas sus fortalezas y estados.

Con igual vigor pacificó las alteraciones de Vizca- ya, del señorío de Molina y de otros puntos en que sus desafectos movían alteraciones. En medio de todo se mostraba indulgente con los que se reducían á su obediencia, y propenso á olvidar las injurias. Decíale un dia en tono de festiva confianza á uno de los anti- guos partidarios del rey archiduque: «¿Quién hubiera podido pensar que tan fácilmente abandonarais á vues- tro antiguo amo por otro tan jóven y tan inesperto?— ¿Y quién hubiera podido creer, replicó en el mismo tono el cortesano, que mi antiguo señor pudiera sobre- vivir al jóven?» Asi le decía tambien al duque de Nájera, que «*era menester hacer libro nuevo para lo sucesivo* (1).»

Solo se mostró riguroso é inexorable con el mar- qués de Priego. Este fogoso jóven, hijo que era del

(1) - Abarca, Reyes de Aragón, tomo VI. lib. VIII. c. 6 al 11. tom. II. p. 376.—Zurita, Anal. to-



ilustre don Alonso de Aguilar, tan famoso en las guerras de Granada y la Alpujarra, y sobrino del Gran Capitan, junto con el conde de Cabra y algunos otros caballeros andaluces, creyéndose desairados ó desfavorecidos del rey Fernando, movieron, ó por lo menos apoyaron un alboroto que hubo en Córdoba. Habiendo el rey enviado desde Burgos al alcalde de casa y corte, Hernan Gomez de Herrera, para que procediese contra los culpables, y con orden de hacer salir de la ciudad al de Priego, éste, en vez de obedecerle, le hizo prender y le llevó y encerró en uno de los calabozos de su castillo de Montilla: levantó gente de á pie y de á caballo, se apoderó de Córdoba, puso guardas á todas las puertas, y escitando á los enemigos del rey á tomar parte en el movimiento promovió una verdadera rebelion y asonada. Indignó al rey tal desacato y ultrage á su autoridad, y se preparó á socorrer y castigar la sublevacion en persona. Moviése, pues, de Burgos á Valladolid (1508), hizo un llamamiento general á todos los andaluces y á los caballeros de las Ordenes, reunió cuantas tropas pudo, y se rodeó de un aparato de guerra formidable. El Gran Capitan, que seguia al rey, y veia todos aquellos apercebimientos, instaba á su sobrino á que se sometiese inmediatamente, como único medio de conjurar tan recia tormenta y de evitar su infalible ruina. «Sobrino, le decia, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os

»vengais á poner en poder del rey, y si asi lo haceis »sereis castigado, y si nó, os perdereis.» Y al propio tiempo trabajaba por mitigar la ira del rey, puesto que estaba seguro de que venia á su obediencia. Todos los grandes intercedian en favor del jóven marqués, y para templar el enojo del soberano le suplicaban se acordase de los grandes servicios y muerte de su padre don Alonso de Aguilar, asi como de los del Gran Capitan su tio.

Pero el rey se proponia aprovechar aquella ocasion para hacer un ejemplar escarmiento que inspirára un terror saludable á los magnates desafectos y revoltosos, y negóse á oir súplicas y recomendaciones: antes sabedor de que venia á presentársele el disidente marqués en Toledo, el inexorable monarca ordenó que se mantuviese á distancia de cinco leguas de esta ciudad, y que le entregase todas sus fortalezas. En vista de esto el Gran Capitan dirigió un memorial al rey, con una nómina y estado de todas las plazas y de todos los bienes que su sobrino poseia, y diciendo: «Veis aqui, señor, el fruto de los servicios de »nuestros abuelos; este es el precio de la sangre de »aquellos que han muerto, que no nos atrevemos á »rogaros que conteis por equivalencia alguna los servicios de los vivos.» Pero nada bastó á templar al airado moharca. El cual, aun despues de entregadas las fortalezas, salió de Toledo con seiscientos hombres de armas, cuatrocientos ginetes y tres mil infan-



tes, con espingarderos y ballesteros, y llegando á Córdoba mandó prender al marqués y que se le formara proceso ante el consejo real. El acusado no quiso defenderse, diciendo que no le convenia litigar con su señor, y que se ponía en sus manos y solo apelaba á su clemencia en consideracion á los servicios de su padre y abuelo, y á los que él mismo prometia y esperaba hacer todavía. Antes de sentenciarse su causa se impuso pena de muerte y se hicieron varias ejecuciones en vecinos y caballeros de la ciudad, y fueron derribadas algunas casas. El consejo falló respecto al marqués, que como quiera que por su delito como reo de lesa magestad habia incurrido en la pena de muerte y perdimiento de todos sus bienes, atendida la calidad de su persona y que se habia puesto en manos del rey, estaba éste en el caso de usar de clemencia y templar el rigor de la pena, conmutándola en destierro perpétuo de Córdoba y su tierra, en la entrega de todas sus fortalezas en manos del monarca, y en que fuese derruida para ejemplo y escarmiento la de Montilla, que era una de las mejores y mas fuertes de Andalucía.

La severidad de Fernando con un delincuente de tan pocos años y de tan esclarecida familia como el marqués de Priego, cuando tan indulgente habia sido con el duque de Nájera y otros, ofendió gravemente, no solo al Gran Capitan, en cuyo agravio parecia haberse hecho, sino á toda la grandeza de Castilla, y

mu y principalmente al condestable, grande amigo de Gonzalo, y el hombre de mas reputacion y de mas valer entre los nobles. Este no solo se quejó al rey con mucho nervio y valentía por su estremada dureza, sino que como el monarca le respondiese que el pretender que se hiciese otra cosa seria querer que se antepusiera el bien particular al general del estado y al mejor servicio de la reina, el condestable le replicó que aquello solo se decia á los traidores, y que en ello le agraviaba tanto, que si tuviese donde buena y honestamente se pudiera ir, de buena gana se saldria del reino. Gonzalo solamente decia con una moderacion, que otro tal vez en su lugar no hubiera tenido: «*Bastante crimen tenia el marqués con ser pariente mio.*» Espresion que manifestaba cuán penetrado estaba de lo que habia decaido en el favor de su soberano. Dábasele, no obstante, gran cuidado al rey la íntima amistad que habia entre el Gran Capitan y el condestable, los dos hombres de mas corazon y de mas elevados pensamientos, á los cuales se unian el duque de Alba y el almirante, y otros nobles de gran influjo y estado, y fué milagro que el rey pudiera irse defendiendo de las varias confederaciones que entre sí hacian los principales personajes de la ofendida grandeza castellana (1).

(1) Mártir, epist. 392 á 405.— los capítulos del lib. VIII. de la Bernaldez, Reyes Católicos, c. 215. Historia del rey don Fernando.  
—Zurita dedica á esta materia lar.



Hemos indicado, y bien lo revelan ya estos sucesos, cuán decaído andaba Gonzalo de Córdoba en la gracia del Rey Católico, y así se debió calcular de la manera insidiosa con que le trajo á Castilla. Cuando el conquistador de Nápoles vino á España, todo el mundo se agolpaba á ver y admirar el guerrero victorioso que habia asombrado á la Europa y que habia dado tanta gloria á su patria. Poblaciones y caminos se llenaban de gente que acudia á victorear y felicitar al vencedor de Ceriñola y de Garillano, y á contemplar su brillante comitiva, que en el boato de sus personas y en el arreo de sus caballos ostentaban los ricos despojos ganados en sus conquistas. Cuéntase que el anciano y experimentado conde de Ureña, conociendo bien el contraste que formaban el apuesto porte y carácter del Gran Capitan y del rey Fernando, dijo al verle con mucho donaire: *«Esta nave tan cargada y tan pomposa necesita de mucho fondo para caminar, y presto encallará en algun baxío.»* No se equivocó en su propósito el viejo magnate. Sin embargo, todavía en Burgos le recibió el rey con muestras, por lo menos exteriores, de grande honra y distinguido aprecio. Mas luego empezó á notarse en Fernando cierta tibieza y desden hácia el triunfador de Italia. Ya no volvió á hablarle mas del prometido maestrazgo de Santiago. Llevábale en su corte, pero como á uno de tantos nobles y de tantos capitanes.

Contribuyó á aumentar el desvío del monarca el

proyecto que hubo de casar á la hija de Gonzalo, Elvira, con su íntimo amigo el gran condestable don Bernardino de Velasco, que habia estado casado con doña Juana, hija natural del Rey Católico. Habíase éste propuesto que la heredera del duque de Terranova, marqués de Santángelo y de Bitonto, diese su mano y llevase su herencia á su nieto don Juan de Aragon, hijo del arzobispo de Zaragoza don Alonso. Contrariado en esto el rey, y ofendida además la reina Germana por unas espresiones fuertes que sobre este punto oyó de boca del altivo condestable, alejó á éste de la corte, y alcanzando su mezquino resentimiento á Gonzalo, dejó de salir con él en público como acostumbraba, y esquivó su brazo y su compañía. En medio de estas mortificaciones, el mérito sobresaliente de Gonzalo resaltaba á la manera de aquellos cuerpos que arrojan chispas de luz en medio de la oscuridad, y no faltaba quien se lo hiciera confesar al mismo rey. El hazañoso García de Paredes oyó un día á dos caballeros en la sala misma del rey ciertas espresiones que parecían rebajar la limpia fama del Gran Capitan, y aunque entonces no estaban en buena amistad los dos guerreros, el terrible Paredes, alzando la voz de modo que pudiera oírle el rey, exclamó: *«El que se atreva á decir que el Gran Capitan no es el mejor vasallo y de mejores obras que el rey tiene, tome este guante que pongo sobre esta mesa.»* Nadie se atrevió á recogerle ni á contestar: entonces el rey tomó el guante y se le de-



volvió diciendo que *tenia razon en lo que decia* <sup>(1)</sup>.

Los desaires últimamente recibidos del rey en el asunto de su sobrino el marqués de Priego, y sus desatendidas solicitudes de indulto, engendraron en Gonzalo el melancólico disgusto que producen los desengaños y la ingratitud, y pidió al rey le concediese vivir retirado en Loja. No solo le otorgó el monarca sin sentimiento esta licencia, sino que le dió aquella ciudad por toda su vida, y aun le propuso cedérsela en propiedad para sí y sus descendientes en compensacion y equivalencia del maestrazgo de Santiago que le habia prometido. Gonzalo contestó con arrogante dignidad; «que no trocaria jamás por el dominio de Loja el título que le daba al maestrazgo la palabra solemne de su rey, y que por lo menos *le quedaria el derecho de quejarse, que para él valia mas que una ciudad* <sup>(2)</sup>.» Y siguió desde entonces en su retiro de Loja, donde disfrutó de la compañía de su antiguo amigo y moestre el conde de Tendilla, siendo su casa el centro de reunion de los señores de Andalucía; Gonzalo era el mediador y conciliador de sus diferencias, el padre de los colonos de sus tierras, el protector de los moriscos conversos, y el modelo de fina y caballeresca cortesanía para todos los jóvenes de la no-

(1) Chron. del Gran Capitan, lib. III.—Quintana en su vida, p. 322. *ibid.* c. 6.—Giovio, Vit. Illustr. Vir. p. 235.—Quintana, Vidas, tomo II. p. 325.

(2) Chron. del Gran Capitan,

bleza, que por curiosidad, por instruccion, y hasta por vanidad, frecuentaban su morada de Loja.

El pueblo habia visto con menos disgusto que la nobleza la severidad del rey en el castigo del marqués de Priego, y no le pesaba ver humillados á los soberbios magnates que volvian á levantar su orgullosa cabeza desde la muerte de la reina Isabel. Asegúrase que el cardenal Cisneros, en cuya política entró siempre el abatimiento de la grandeza, era el que aconsejaba y alentaba al rey en aquella marcha. Creemos tambien que Fernando desplegó aquella inflexibilidad, no tanto por resentimiento ó enemiga á la persona del marqués, como por un cálculo de su fria razon, por infundir temor á los turbulentos próceres castellanos, y por mostrar que sabia hacerse respetar y obedecer y se hallaba resuelto á ello. Y en verdad, aparte de haber recaido tanto rigor en persona de tan ilustres ascendientes y tan allegada al Gran Capitan, y del inconveniente y mal efecto de desairar á este esclarecido personage en la primera gracia que le pedia despues de haberle dado todo un reino, como golpe político produjo el resultado que se proponia, puesto que intimidó y tuvo á raya á los grandes, no obstante las confederaciones que en su resentimiento y mal humor intentaron. Ya despues le fué mas fácil y se halló mas fuerte para subyugar á los duques de Alburquerque, de Medinasidonia, del Infantado, y á otros caballeros que le disputaban ciertas fortalezas en



Andalucía (octubre, 1508). La villa de Niebla que se empeñó en resistir pagó su cara obstinacion, siendo entrada y saqueada por los soldados, y cinco regidores y un escribano puestos en la horca daban horrible testimonio del rigor de la justicia real (4).

La atención de Fernando no estaba solo concretada en este tiempo á afianzar su autoridad contra los descontentos interiores y contra los revoltosos y desafectos que tenia en el reino. Además de las dificultades que se le suscitaban por Navarra y Portugal, cuyos reyes veian con recelo un vecino tan temible y poderoso, y no podian llevar en paciencia que una misma mano rigiera las dos monarquías de Castilla y Aragon, dábale continuamente que hacer y tráiale incesantemente ocupado el emperador Maximiliano, su consuegro, con sus interminables embajadas, reclamaciones, exigencias, demandas y proyectos, para hacer reconocer por rey de Castilla al príncipe don Carlos, nieto de los dos, todo con el afán de tener participacion en el gobierno de este reino. Mas porfiado y activo el soberano alemán que diestro y acertado en sus planes, no habia medio, por extravagante que fuese, que no pusiera en juego para el logro de sus desacertados designios; tan pronto eran alianzas, guerras ó tratados con Venecia, con Inglaterra y con Francia; tan pron-

(4) Abarca, Reyes de Aragon, Hernando, lib. VIII. c. 26. tom. II. p. 379.—Zurita, Rey don

to matrimonios y enlaces de príncipes, hasta soñar en el del rey de Inglaterra con la reina doña Juana de Castilla; todo lo cual producía una serie no interrumpida de contestaciones que traían continuamente fatigado al Rey Católico, si bien nunca cedió ni quiso transigir un punto en cuanto á su derecho al gobierno de Castilla y al de su hija doña Juana, reconociendo el que á su tiempo competía á su comun nieto el príncipe Carlos.

Tanto le reconocía, que muchas veces instó al emperador á que enviase al príncipe á Castilla, así para que se educase acá conforme á las costumbres del país que estaba llamado á heredar y gobernar, como para asegurar la sucesion de los dos reinos; pues si llegara á acontecer que vacara el trono estando ausente el príncipe, y criándose aquí su hermano menor don Fernando, podría haber peligro de que los grandes se hubieran aficionado á este último y le prefirieran y proclamáran, de lo cual habia muchos ejemplos de reyes y príncipes de Castilla que tuvieron hermanos; mucho mas cuando por su tierna edad no era necesaria su presencia en Flandes, estando encargada del gobierno de aquel estado su tía la princesa Margarita, y amparándole con su favor y proteccion su abuelo. Proponíale además que se llevase allá al infante don Fernando, pues con esto se quitaría una ocasion de disturbios y un pretexto á las parcialidades, si por caso vacase el gobierno del reino, hallándose este pre-



sente y ausente el otro <sup>(1)</sup>. Discurría en esto el rey de Aragon con gran sexo y prudencia, y parece que hablaba en profecía, segun los sucesos que vinieron despues.

Mas en vez de venir el emperador á tan razonable y honesto partido, tomó el de confederarse con los grandes de Castilla descontentos del rey. Los espías de Fernando, que los tenia en todas partes, prendieron en Pancorbo á un emisario del emperador que venia disfrazado de lacayo. Llamábase don Pedro de Guevara, y era hermano de don Diego de Guevara, valido que fué del rey don Felipe, el cual se habia refugiado á Flandes, fugitivo de España. Llevado á Simancas y puesto á cuestion de tormento, confesó su comision, y las inteligencias que mediaban, no sabemos si ciertas ó si supuestas, para libertarse de los dolores de la tortura, entre el emperador Maximiliano y algunos nobles de Castilla, entre los cuales nombraba al Gran Capitán, al duque de Nájera, al conde de Ureña y á varios otros <sup>(2)</sup>.

Asi por informarse bien de lo que resultaba de las declaraciones del emisario preso, como para deshacer

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. VIII. c. 46.—Abarca, Reyes de Aragon, don Fernando el Católico cap. 47.

(2) Tambien fué preso y atormentado por la misma sospecha un criado del marqués de Villena, pero éste no descubrió nada, y persistió constantemente en defender

su inocencia, aunque se le torturó cruelmente hasta descoyuntarle y ponerle á punto de espirar. El emperador recibió tanto enojo de este hecho, que estuvo ya determinado á prender á todos los súbditos del rey de España que se hallaban en Nápoles. Zurita, Anal. tom. VI. p. 173.

mejor con su presencia cualquier trama ó movimiento que se intentára contra su persona ó gobierno, determinó el Rey Católico á los principios del año siguiente regresar á Castilla. Hízolo viniendo por Extremadura; y como hubiese dejado á la reina doña Juana su hija en Arcos, lugar frio é insalubre para ella, pasó á buscarla llevando consigo á su hijo don Fernando. La reina, cuyo pálido rostro y pobres y desmañados vestidos descubrian su malestar intelectual y físico, mostró alegrarse de la ida de su padre, y obedeció gustosa la determinacion que éste tomó de trasladarla á Tordesillas (febrero, 1509). Verificóse la marcha de noche, como ella acostumbraba; yendo siempre delante y á su vista el féretro de su esposo, y haciéndole de dia exéquias en los pueblos. Aposentada en el palacio de Tordesillas, se depositó el cuerpo de su marido en el monasterio de Santa Clara, en que la reina podia ver su túmulo desde su misma habitacion. Aqui se encerró esta desgraciada señora, casi sin salir en el resto de su vida, que fué todavía muy larga, agena siempre á los negocios del reino, asi durante el gobierno de su padre como en el reinado de su hijo.

Tal era el estado de las cosas de Castilla en la segunda regencia del Rey Católico, cuando importantes sucesos exteriores vinieron á darles nuevo rumbo y nueva fisíonomía.